Francisco Lopera Hernández

HERIDAS DEL CORAZÓN

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN
DOS CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

SANTIAGO F. CENTENERA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1924



HERIDAS DEL CORAZÓN

HERIDAS DEL CORAZON

ZARZUELA EN UN ACTO
DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN PROSA,
ORIGINAL DE

FRANCISCO LOPERA HERNÁNDEZ

MÚSICA DEL MAESTRO

SANTIAGO F. CENTENERA

Estrenada en el Teatro del Centro, de Alcalá de Henares, el 20 de abril de 1924.



MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
TELÉFONO 5-51 M.
1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Srta. Ortega (M.ª Cruz).
DOÑA PILAR	Sra. Bachiller.
AMELIA	Srta. Domínguez.
ENRIQUE	Sr. Ropero.
LUIS	Gallego.
PANCHO (negro)	López.
SARGENTO	Moreno Jerez.
DON RAMON	Ramírez.

Coro de soldados (señoras).

La acción en un ingenio de café situado en las cercanías de La Habana.

Derecha e izquierda las del actor.

NOTA.—Todos los personajes, a excepción de PANCHO, hablan castellano correctamente.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una habitación de un ingenio de café, que se supone está situado en las cercanías de La Habana. Puertas laterales Al foro, gran ventanal, por el que se divisa el paisaje. Mobiliario elegante. Hay colgada del techo una pequeña hamaca.

ESCENA PRIMERA

ELENA en la hamaca, y AMELIA, sentada, hace labor. Ambas visten trajes de tonos claros. (Hay una pequeña pausa)

Amelia ¿Dormías?

Elena No. ¿Acaso se puede dormir con este calor?

Amelia ¿Qué hacías, pues?

Elena Pensar.

Amelia Oye. Y ¿en qué pensabas?

Elena Te aseguro que no lo adivinas.

Amelia Es muy difícil adivinar el pensamiento. ¡Se puede pensar en tantas cosas a la vez!

Elena Pues eso me sucede a mí.

Amelia Cuéntame, hermanita. Estás excitando mi curiosidad. Díme, pues, en qué pensabas hace un momento.

Elena Verás. Pensaba... en la patria donde nacimos, en la yegua aquella, pequeñita, blanca

como la nieve, que fué el encanto de mi niñez...

Amelia ¿Y eran esos todos tus recuerdos?

Elena No. Oyeme. Me acuerdo... (Se levanta.)

Música

Me acuerdo de España,
mi país natal;
de sus flores y su cielo
que no tiene igual.
Me acuerdo de Granada
y de pena lloro,
al ver entre densas nieblas
el alcázar moro.
Me acuerdo de mi yegua,
de mi yegua favorita,
la de la crin rizada,
la de cabeza blanquita.
Me acuerdo de las fiestas
de mi tierra, de su suelo,
de los toros, de las ferias,
de las riñas, de los duelos.
Me acuerdo de España,
mi país natal,
de sus flores y su cielo
que no tiene igual.

Hablado

Amelia ¡Sí que tenías pensamientos en tu cabecita! Y ¿qué otras ideas y recuerdos albergabas en tu mente?

Elena Pues pensaba en millones de cosas más que te harían reír si te las refiriera. Pero mi principal pensamiento, el que me ha torturado sin olvidarle un solo momento, era este: ¿qué habrá sido de aquellos dos soldados que estuvieron a descansar aquí breves momentos?

Amelia Tienes razón. ¿Qué habrá sido de ellos? Vinieron solos, maltrechos. Sufrí al verlos. ¡Pobrecillos!

Elena La guerrilla, a la cual pertenecían, fué, sin duda, derrotada.

Amelia Me apena acordarme de ellos. ¡Eran tan jóvenes!

Elena Pero ya están luchando. En verdad que es de admirar nuestra raza; llevamos inoculado en la sangre el germen de muchos héroes.

ESCENA II

DICHAS y PANCHO

Pancho (Por la izquierda.) ¡Amita Amela! Señora aguádala en su despacho.

Amelia Di que al momento soy con ella.

Pancho Está bien. Hasta lueguito (Vase.)

Amelia Voy a ver qué quiere mamá. ¿Te quedas?

Elena Sí, quiero terminarte esto. (Mutis Amelia.)

ESCENA III

ELENA, luego PANCHO

(Se oyen, lejanas, varias detonaciones.)

Elena ¡Ay, Dios mío! ¡Ya están otra vez combatiendo! Y no debe ser muy lejos el lugar del encuentro, cuando llega hasta aquí el ruido de las detonaciones. (Deja la costura y se asoma al ventanal)

Pancho (Muy asustado.) ¡Ay, ay, ay! Amita Elena, ¿no oye cómo sonar los tiritos? ¡Ay! Neguito tener miedo, mucho miedo... El señó Intendente camina hacia aquí corriendo... Neguito quedarse blanco como la paré. ¡Ay!

Elena (Riendo.) Sí que es raro.

Pancho (Intrigado.) ¿El qué, amita?

Elena Tu cambio de color. ¡Mira que es difícil! ¡Ja, ja, ja!

Pancho Sí, sí, muy difícil, pero no se ría... Neguito temblar mucho. Estar muy apurado.

Elena. No te apures, tonto. ¿No ves yo cómo me río?

Pancho ¿Y de qué ríe?

Elena De ti.

Pancho Amita ser brava, pero Panchito tener miedo a la muerte. Yo no querer morir jovensito, ¿sabe?

Elena ¡Tonto!

Pancho ¡Pobe de mí!

Música

Pancho
Panchito, Panchito,
cuidado con los tirito
que te puén perjudicá,
y pensando que me dieran
me pongo a temblar.

Elena
Hay que ser valiente,
audaz y arrojado.

Pancho
Amita, no puedo,
pues ya me he...
Neguito, neguito,
no ganas para sustitos
que no te dejan vivir,
y de alguno de esos sustos
te vas a morí.

Elena
No te asustes, tonto,
que estoy yo a tu lado.

Pancho
Amita, no puedo,
pues ya me he...
¡Ay!
Si me lo dan en el pecho
y me rompen un pulmón.

Elena
Pues te quedas, pobrecito,
sin hacer la digestión.

Pancho
Si me lo dan en la oreja
y ya no pudiera oír.

Elena
Pues te metes a torero
y tendrás lo menos mil.
Pobre Panchito,
ven hacia mí.

Pancho
¡Ay! Yo de miedo
pienso morir.

Hablado

Elena ¡Vamos, hombre! Parece mentira que seas tan blanco.

Pancho ¡Y tan nego!

ESCENA IV

DICHOS y DON RAMON

Ramón (Por la derecha.) Buenos días, Elena.

Pancho (Se asusta al entrar Don Ramón.) ¡Ay!

Ramón ¿Qué te pasa, hombre?

Pancho ¡Ná, ná, ná! (Vaya sustito.)

Elena Muy buenas, don Ramón. ¿Qué noticias trae usted?

Ramón Malas, hija mía, malas. Todos son destrozos por doquier. Saquean los ingenios, las granjas, arrasan los campos, destrozan rancherías... ¡Un dolor! ¡Un dolor!

Elena Y diga usted, ¿llegarán hasta aquí?

Ramón No es difícil. A eso venía precisamente; a conferenciar con tu mamá para ver qué opina respecto al asunto.

Elena ¡Pancho! Llama a mamá.

Pancho Ahorita mismo. (Haciendo mutis.) ¡Ay, neguito, cómo verte tripa arriba!

Ramón (Paseando.) Estoy intranquilo, preocupado.

Elena ¿Por qué, don Ramón?

Ramón Por una razón fácil de comprender. Nosotros somos españoles, motivo poderosísimo para que se ensañen con todo lo que a nosotros se refiera. ¡Vidas! ¡Haciendas! ¡Estos mambises!

ESCENA V

DICHOS, DOÑA PILAR y AMELIA

Pilar (Por la izquierda.) ¿Qué hay, don Ramón? ¿Qué ocurre?

Elena Lo que temíamos, mamá.

Pilar Entonces tendremos que abandonar el ingenio, huir, marchar a la ciudad...

Ramón No. Yo creo que hasta el último extremo debemos quedarnos aquí.

Amelia ¿Y el peligro que nos amenaza?

Ramón Por el pronto ha pasado. Pero no por eso debemos estar completamente tranquilos. Armaremos a todos los fieles servidores del ingenio para evitar sorpresas desagradables y en todo caso vender caras nuestras vidas.

Elena Yo opino que debíamos marchar a la ciudad; si no vamos a estar en continuo sobresalto.

Pilar Hija mía; abandonar el ingenio equivale a perderle. De igual manera corremos riesgo fuera de él.

Ramón Lleva razón tu mamá, Elena. En estos momentos, donde quiera que vayamos nos acechará la muerte. (Se oyen lejanas algunas detonaciones.) Ya vuelve a reanudarse el combate.

ESCENA VI

DICHOS y PANCHO

Pancho (Por la izquierda. Habla fatigosamente.) ¡Amita. Soldados españoles entrar al montecillo. Mambruses les persiguen ahorita.

Pilar ¿Qué hacemos, don Ramón?

Ramón Aguarden ustedes aquí. Iré con varios negros para estar prontos a la defensiva. ¡Pancho! ¡Vamos marchando! (Inicia el mutis.)

Pancho Usté decir que mi... que yo... (Temblando.)

Ramón Parece que tiemblas; sin duda el miedo.

Pancho No, no, digo sí... digo no...

Ramón ¿En qué quedamos?

Pancho (Aparte.) ¡En que estoy muertesito!

Pilar Deje aquí a Pancho, nos hará compañía.

Pancho ¡Eso! Dejarme usté aquí, verá como Pancho defiende bravo a amitas.

Ramón Bien. Hasta luego.

Elena Don Ramón; mucho cuidado con las balas.

Ramón No te apures por mí. Hasta después. (Vase.)

Amelia ¡Que Dios le acompañe! (Salen con él hasta la puerta.)

ESCENA VII

DICHOS menos DON RAMON

Pancho Vaya, que no podé está tranquilos.

Amelia Siempre con el sobresalto en el cuerpo.

Pancho ¡Ay, amita Amela! Qué gran salto daría Panchito si pegale un tirito en la cabesa.

Elena Y tú, mi valiente Panchito, ¿no querrás morir ahora, verdad?

Pancho No, amita Elena. Yo quiero morí viejito.

Pilar Dejarse ya de cosas fúnebres, que bastante tenemos con estar oyendo todo el día el tiroteo que nos atormenta. ¡Desgraciados compatriotas!

Elena Nuestra raza, mamá, es más fuerte, más valerosa.

Pancho Sí, sí, españoles ser bravos, y yo queré a españoles. Ellos no tener miedo a nadie, y yo... (Desplante cómico.) yo tampoco.

Amelia (Que se halla asomada al ventanal.) ¡Que viene! ¡Que viene! ¡Por allí!

Pancho (Dando un salto.) ¡Ay! ¡Venga carabinina! ¡Yo tirá... (Yo tirala y echá a corré...)

Amelia Que viene don Ramón corriendo hacia aquí.

Pancho (¡Ah! Que susto llevase Panchito. Tengo la sangre como agüita de coco.)

Elena ¿Qué ocurrirá? (Van a la puerta de la derecha.)

Pancho Ya llega don Ramón... vení soldados con él. Neguito temblar.

Amelia ¡Dios mío! ¿Penetrarán en el ingenio?

Pilar Sea lo que quiera, pronto lo veremos. (Pancho procura esconderse detrás de alguno de los personajes, manifestando gran pánico.)

Elena ¡Panchito! No tengas miedo, hombre. ¿Por qué eres tan cobarde?

Pancho Eso digo yo... ¿po qué seré tan cobade? No me lo expico.

Amelia ¿En dónde naciste, Panchito?

Pancho En Guanajay nasí.

Amelia Yo creí que eras de Matanzas.

Pancho ¡Ay! ¡No me hable de Matansas, porque me quedo yerto no má.

ESCENA VIII

DICHOS, y DON RAMON

Ramón (Por la derecha.) ¡A ver! ¡En seguida! ¡Un lecho! ¡Una hamaca!

Pilar ¿Qué sucede?

Elena ¿Alguna desgracia?

Ramón Sí; un soldado español herido.

Amelia Aquí en esta hamaca se le puede colocar mientras se le prepara un lecho.

Pancho (Desde la puerta) ¡Ya llegá! ¡Ya estar aquí!

Ramón (Desde la puerta.) Vengan por aquí. Por aquí.

ESCENA IX

DICHOS, LUIS y ENRIQUE

Enrique (Se detiene en la puerta fatigadísimo. Luis viene agarrado a su cuello.) ¡No puedo más!

Ramón ¡Venga! Déjele aquí.

Luis (Con voz débil.) ¡Ay! ¡Yo me muero!

Elena ¡Pobrecillo! ¡Ah! (Reconociéndolos.) Los dos soldados que ya estuvieron aquí en otra ocasión. (Entre don Ramón y Enrique colocan a Luis en la hamaca.)

Pilar ¿Se siente mejor?

Luis Sí, señora.

Enrique No pueden ustedes figurarse la sangre que ha perdido.

Pilar Vamos a preparar una cama para que pueda reconocerle el médico.

Amelia Vamos, mamá, yo te acompaño. (Mutis ambas.)

Elena Pancho, ve en busca de don Alberto.

Pancho ¿Yo? (Yo no voy.) Corriendito... (Corriendito salgo yo para que me perjudiquen.)

ESCENA X

DON RAMON, ELENA, LUIS y ENRIQUE

Ramón ¿Y cómo ha sido el herirle? Cuéntenos detalles de la refriega, pues todo lo que se relacione con ustedes nos interesa.

Enrique Pues oigan ustedes. Desde que amaneció estábamos nosotros resguardados tras una gran mata de cactus, tiroteando y hostigando al enemigo. Mi compañero es un tirador de primera, valiente y arrojado hasta la temeridad. A esa causa debe el hallarse herido. Salía del resguardo que teníamos y disparaba volviéndose a ocultar; esta especie de juego le ha costado demasiado cara. Una vez salió, y antes que pudiera disparar caía herido junto a mí. Nuestros enemigos salieron de sus resguardos machete en mano y avanzaron hacia nosotros. Entonces, sin saber lo que hacía, cogí a mi compañero, lo cargué a mis espaldas y eché a correr todo lo que me permitían mis piernas, entre una lluvia de balas.

Ramón ¡Bella acción!

Enrique Varias veces caí al suelo rendido por el cansancio y la fatiga; de nuevo me levantaba y volvía a coger mi carga, hasta que quiso la casualidad que divisara este ingenio y lograra encontrar almas caritativas que nos acogieran.

Ramón Aquí sólo tienen ustedes amigos. Nosotros también somos españoles.

Elena Voy a traerles una tacita de café. Les confortará.

Enrique No se moleste usted, señorita.

Elena No faltaba más. ¿Dónde andará Panchito? (Mutis.)

ESCENA XI

DICHOS, menos ELENA.

Luis (Incorporándose ligeramente.) ¡Enrique!

Enrique ¿Qué quieres?

Ramón ¿Desea usted algo? Ya sabe que está usted en su casa y puede pedir lo que le parezca.

Luis Muchas gracias, señor; no deseo nada. (A Enrique.) Lo que quiero es estrechar tu mano... Enrique... me has salvado de una muerte cierta...

Enrique ¿No es más que eso? ¡Con alma y vida! Venga esa mano, señor herido.

Luis Toma. No olvidaré jamás tu noble acción por mucho que viva; pero temo que la muerte me impedirá demostrarte mi inmensa gratitud.

Ramón ¿Tan mal se encuentra?

Luis Sí, señor. . tengo dos balazos en el hombro...

Ramón ¡Bah! Yo creo que usted exagera; sin embargo, voy a ver si Pancho avisó al doctor del ingenio, que es un sabio y curará vuestras heridas. (Mutis)

Luis Me parece que llegará tarde.

Enrique Muy pesimista estás. No te acuerdes ahora de la muerte; piensa en vivir para volver a nuestra patria.

Luis ¡Ay, mi España! ¿Quién volverá a pisar tu suelo adorado?

ESCENA XII

DICHOS, ELENA y PANCHO.

Elena (Por la izquierda, seguida de Pancho que trae una bandeja con servicio de café.) Vamos a ver si toman una tacita de café, les agradará. Especialidad del país.

Luis Muchas gracias, señorita.

Enrique ¿Por qué se ha molestado usted?

Elena ¡Vaya una molestia! Anden ustedes, déjense de etiquetas y a tomarlo antes que se enfríe.

Pancho Si ustedes no queré, yo...

Elena ¡Cállate y sirve!

Luis (Bebiendo a pequeños sorbos.) Parece que revivo... este café tan exquisito... me vuelve a la vida.

Enrique ¡Es delicioso! Este aroma embriaga. ¿Ves como ya te sientes mejor? ¿Ves como la muerte se aleja?

Elena ¿Pero, es que pensaba morirse?

Luis Sí, señorita, lo pensaba y lo pienso, estoy muy mal...

Elena Será quizás un vano temor de usted.

Luis No; nada de temores; certidumbre plena de que no me salvo.

Enrique Por Dios, que vas a afligirnos. Ya sabes que daría un mundo por estar en tu lugar. Tú tienes personas queridas que te aguardan, que te esperan, yo ¡nadie! (Pancho hace mutis con el servicio de café; va metiendo la lengua en las tazas y relamiéndose.)

ESCENA XIII

DICHOS menos PANCHO.

Luis Tienes razón, debo vivir... Allá, en mi pueblecillo, me espera mi madre, mi venerada madre, a quien adoro con idolatría. ¡Ay, madre mía! Cuán ajena estarás de que tu hijo adorado, el único sér que te queda en la tierra está herido, moribundo tal vez... Tu corazón batallará noche y día sin cesar, angustiado, dolorido... (Cierra los ojos. En un punto del espacio se le aparece la figura de la madre buena, que contempla en éxtasis.) La estoy viendo; sale a la puerta de la casa que se asienta a orillas del mar... mira al horizonte con avidez y no divisa más que la inmensidad, el cielo, el mar azuloso desierto, sin ninguna embarcación que lo surque... a su garganta suben los sollozos, se lleva las manos a los ojos, de

los cuales corre un raudal de lágrimas... (A Enrique.) Esa es mi madre, Enrique, tú la conoces y sabes el tesoro de ternura que encierra su corazón.

Enrique ¡Me has hecho llorar!

Elena ¡Y a mí también!

Luis Siento mucho haberles causado la menor aflicción, pero hablando del amor más grande, más sublime, no encuentra dique mi lengua y hablo hasta quedar fatigado.

Enrique ¡Quién pudiera decir otro tanto!

Luis (Vuelve a cerrar los ojos y sus labios musitan como una queja.) ¡España! país lleno de encantos y de delicias... ¿quién volverá a pisar tu suelo adorado? ¡Madre! tú que tan angustiada te hallas en estos momentos, reposa, descansa, no temas, ya nos reuniremos en la eterna vida... allí nos aguarda mi padre... Y tú ¡Gloria! la amada mía, no me olvides... ya sabes que eres mi amor primero... espérame, que iré ahí, espérame en la ventana, recuerdo de tantas dichas...

Enrique Delira, sueña con su novia. Una joven más bonita que un amanecer claro, alegre como los ruiseñores, amante como la paloma.

Elena (Aparte.) ¿Su novia? ¡Cuán dichosa será la mujer que se vea amada con tal frenesí!

Luis Sí... te veo... sonríes; por tus labios rojos, juguetea una sonrisa... ¿Lloras? ¿corren lágrimas por tus mejillas? ¡Ah! Tu pensamiento está aquí, aquí dentro, en el corazón, en este corazón que sin alientos y destrozado ya, ama aún; todavía sus fibras palpitan y sus palpitaciones débiles dicen: ¡Gloria! ¡Madre! ¡España!

TELÓN RÁPIDO

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

La escena representa: a la izquierda, parte de edificio del ingenio con puerta practicable y ventana orlada de plantas: A la derecha, palmeras, lianas, etc., y al fondo las plantaciones y los cafetales en flor. Un banco en escena.

ESCENA PRIMERA

PANCHO

Pancho (Sale mirando receloso a todas partes.) ¿Dónde estará la morena de mis sueños? Desde esto de la guerrita no la veo apenas. ¡Que somba más nega la mía! Estoy de un humó que me voy a guindá de un cocotero... cuando tenga sien años. ¿Estará en el platanál como otros días o en el bohío? Yo no me atrevo a ir por allá, por si acaso... ¡Pues que me espere... que me espere sentadita, porque si no se va a cansá. ¡Andá! La amita triste que camina hacia aquí. Voy a ve si desde la senda me ve la Cloe. ¡Pobe amita, parese que la han dao cañaso! (Vase.)

ESCENA II

ELENA

Elena (Sale de la casa, con paso tardo, triste y meditabunda.) Qué serie de encontrados pensamientos bullen en mi cerebro torturándome sin cesar. Mi corazón aletargado, parece que se anima, vive y ama sin darme cuenta, sin notarlo apenas. Hasta ahora, ningún hombre me había llegado a inspirar amor, y hoy este compatriota nuestro, empieza haciéndome sentir compasión al principio, simpatía después y luego un afecto más intenso, más nuevo para mí. ¡Qué dichosa sería si

me amara como él sabe amar! Pero es imposible este amor mío. Ama a su novia con locura. ¡Dios mío! dadme fuerzas para olvidar este amor y cúrame las heridas del corazón... (Dejándose caer en el banco, llorando.)

ESCENA III

ELENA y AMELIA

Amelia (Penetra de puntillas hasta sorprender a su hermana.) ¡Elena!

Elena (Levantándose rápidamente y poniendo el rostro alegre.) ¡Ay! ¡Qué susto me has dado!

Amelia ¿Qué haces? ¿Lloras?

Elena ¡Huy, no! Es que me ha caído una pajita en el ojo y me he cegado.

Amelia A ver. ¿Los dos ojos? ¡Qué graciosa! Tú has llorado.

Elena ¿Llorar? ¡Si estoy muy alegre, muy contenta!

Amelia Vaya una forma que tienes de decirlo, con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos. Cuéntame lo que te pasa, hermanita, cuéntame lo que te sucede; yo te consolaré. (La hace sentar en el banco y se sienta junto a ella.)

Elena (Abrazando a su hermana.) ¡Ay, hermana mía! ¡Si tú supieras lo que sufro desde hace algún tiempo!

Amelia Creo adivinar la causa de tu tristeza, de tu aflicción.

Elena ¿Has adivinado lo que pasa por mí?

Amelia Sí, hermana; aunque has tratado de ocultarlo, no lo has podido conseguir; los ojos decían lo que tus labios callaban.

Elena Sí, Amelia, sí; le amo con delirio. No sé cómo ha nacido en mí este amor, pero sólo sé que le amo y por mi desgracia sin esperanza de ser correspondida.

Amelia La esperanza no se pierde jamás.

Elena Yo la tengo perdida. Los primeros días de su permanencia en esta casa, cuando el peligro era inminente, cuando su vida parecía

extinguirse, sus labios pronunciaban estas frases: ¡Madre! se acordaba de ella. ¡Gloria! la mujer amada. ¡España! su patria querida, nuestra patria. Estas palabras salían de sus labios tenues y apagadas, mientras en su rostro se dibujada una sonrisa, sonrisa que se tornaba en mueca dolorosa al sentir en su carne los agudos dolores que le producían sus heridas. Ahora ya, convaleciente, varias veces le he oído conversar con su compañero. Mira—le decía enseñándole una carta—es de ella, de Gloria. (Llora.)

Amelia Mira, Elenita; no seas tan pesimista, quién sabe si esa novia es un pequeño pasatiempo, pues los hombres son tan malos, hermanita, tan malos, que les gusta jugar con el corazón de las mujeres. ¡Quién sabe si conociendo él tu amor pudiera corresponderte!

Elena No lo creo. ¡Quiere tanto a su novia!

Amelia ¡Pobre hermana mía! Eres digna de compasión.

Elena No me compadezcas. Al mismo tiempo que sufro, gozo, porque es por él, por el amado por quien pena mi corazón.

Amelia ¡Calla! ¡Seca esas lagrimas, que vienen ellos!

ESCENA IV

DICHAS. LUIS y ENRIQUE

Luis Buenas tardes, señoritas.

Elena
Amelia } Muy buenas.

Enrique Ya venimos de dar nuestro diario paseo. Aquí le tienen ustedes ya sano y fuerte. Pudo más que la muerte, y eso que él se hallaba muy pesimista.

Luis Así era en efecto. No pensé volver a levantarme. Creí que me moría; pero gracias a Dios, al médico y a su solicitud y cariño, me encuentro de nuevo con las energías que

perdí. No exageraba el señor Intendente al decir que don Alberto era un sabio.

Amelia Los muchos años le han dado esa sabiduría.

Elena Y gracias a ella podrá usted volver a su patria donde le aguardan seres queridos.

Luis Tiene usted razón. Mi viejecita madre se llevará un alegrón cuando me estreche entre sus brazos.

Elena ¿Y cómo vino a la guerra siendo hijo de viuda?

Luis Es muy sencillo. En primer lugar, mi madre posee algunas tierrecillas que le dan con su renta para vivir con desahogo, y en segundo, que cuando se declaró la guerra yo mismo me alisté como voluntario para defender a mi patria.

Elena ¿Y abandonó usted a su madre? Primero era ella que nadie.

Luis No, señorita. Primero es la patria. Yo quiero mucho a mi viejecilla, mucho, y la defiendo y la quiero porque es mi madre, pero la patria es madre de todos y cuando peligra, el deber de sus hijos es defenderla y dar por ella hasta la vida si es preciso.

Amelia ¿De manera que, según usted, tenemos dos madres?

Luis Sí; la que nos dió el ser y la patria en que nacimos. Ambas deben ser veneradas por nosotros.

Enrique ¡Si yo pudiera venerar a mi madre!

Elena Pues qué ¿acaso no la tiene?

Luis No, ni padre tampoco. Está solo en el mundo.

Música

Enrique

Soy un soldado español
que vive en el mundo,
sin cariño,
sin familia
y sin amor.
Desde pequeño no conocí
aquellas caricias
que prodigar vi;

no tengo novia,
ni más amores
que mi fusil.
Mi corazón está sediento de cariño,
mi corazón no cesa de sufrir,
mi corazón palpita de alegría
diciéndome así:
La vida te brinda
placeres y amores,
que tienen espinas
y olorosas flores;
por eso anhelante
voy buscando yo
caricias, cariños,
quereres y amor.

Todos La vida te brinda
placeres y amores,
que tienen espinas
y olorosas flores.

Enrique Por eso anhelante
voy buscando yo,
caricias, cariños,
quereres y amor.

—

Soy un hombre que en la vida
busca algún amor
que me cure
las heridas
del corazón.
Voy buscando una mujer
en la dulce calma
del atardecer;
vivir y gozar
y en la luz
de sus ojos cegar.
Mi corazón llora con gran melancolía,
mi corazón no sabe del amor,
mi corazón repite noche y día
la bella canción:
La vida te brinda
placeres y amores,
que tienen espinas
y olorosas flores;

por eso anhelante
voy buscando yo
caricias, cariños,
quereres y amor.

Todos La vida te brinda, etc.

Hablado

Enrique No he conocido a mis padres; desde pequeño anduve errante, sin tener albergue; a veces ni pan que llevarme a la boca. (Penetra Pancho por la derecha y se acerca curioso a oír el relato.) Esas caricias, que a otros niños les he visto prodigar, ¡a mí no me las ha hecho nadie! Mis padres me abandonaron siendo muy niño, sin cuidarse para nada de mi persona.

Pancho ¡Qué malas entrañitas tener! Se merecían unos planasos, no más.

Enrique ¡Dichosos ellos, que no sabrán lo que es la miseria y el andar errabundo, sin tener quien le quiera!

Amelia Pues qué, ¿eran ricos?

Enrique Debían serlo; pues ya cuando mayorcito, me enteró una anciana, que me recogió, que mis padres eran ricos y acaudalados, y que las primeras ropas que me pusieron tenían encajes y bordados primorosos; no pude averiguar más de la pobre vieja. Ella los conocía sin duda.

Elena ¿Y no tiene usted ningún indicio para dar con la pista de sus padres? (Doña Pilar, que hace un momento está en el dintel de la puerta, presta gran atención al relato.)

Enrique Sí. No tengo más que uno. Un día, estando lavándome, me fijé con asombro en el brazo izquierdo; allí tenía marcadas en la piel unas letras; di un grito, eran dos iniciales grabadas en mi carne con un hierro candente.

Pancho ¡Caracolitos!

Enrique Mírenlas... (Se sube la manga de la guerrera, dejando al descubierto parte del brazo.)

ESCENA V

DICHOS y DOÑA PILAR

Pilar (Avanza hasta el centro de la escena.) A ver. (Examina el brazo de Enrique y lanza un grito ahogado.) ¡Ah! (Le coge la cabeza y examina su rostro con fijeza.) ¡Sí, sí!... ¡Hijo mío!

Todos (Movimiento de sorpresa general.) ¿Eh?

Pilar (Abrazándose a él) ¡Hijo mío! ¡Tanto tiempo como he estado privada de tu cariño!

Pancho Ahorita resulta que este soldado, que no era hijo de nadie, es hijo de alguien. ¡Qué cositas más negas se ven en este mundo!

Pilar Sí, hijo mío. ¡Yo soy tu madre!

Enrique (Confuso.) ¡Señora!..

Pilar No es así como debes llamarme, no. Dame ese dulce nombre, que tanto nos deleita oír a las madres. Voy ha narraros en unos instantes el relato de tu nacimiento, de mi matrimonio, todo; quiero que sepáis lo mucho que he sufrido.

Luis ¿Y usted no había reconocido a su hijo?

Pilar No señor; apesar de la gran semejanza que tiene con su padre.

Enrique Cuénteme usted, madre, que ya estoy impaciente; dudo que sea verdad tanta dicha. Toda mi vida, sin más cariño que el de este buen compañero, me encuentro ahora con que no solamente tengo madre, sino dos hermanas que son dos ángeles por su belleza. Merecida tengo esta alegría después de tantas penas. Cuénteme, madre mía, todo; cozca los detalles de mi nacimiento.

Pilar Voy a complacerte; aunque me cueste un gran dolor el remover antiguas heridas, que aun sangran.

Luis Con el permiso de ustedes me retiro.

Enrique ¡Tú te quedas!

Pancho ¡Eso! ¡Y yo también! ¡Pues poquito que gustarme a mi historietas de niños abandonados. (Se sienta doña Pilar en el banco.)

Enrique Quiero que conozcas todos los detalles de mi nacimiento. ¿No me has consolado antes y eras partícipe de mis penas? Pues justo es que ahora lo seas también de mis alegrías.

Pilar Sí, quédese. Usted merece toda nuestra confianza. Comienzo mi relato. Me casé, con el que fué vuestro padre, cuando apenas contaba veinte años. Fué un casamiento de conveniencia; pues mis padres, sin consultarme, eligieron el hombre que había de ser mi esposo. Existía entre ambos la diferencia de catorce años; así, que más que esposa, parecía hija suya. Yo era bonita, como vosotras ahora. Nuestro cariño fué naciendo con el continuo trato. A causa de la diferencia de edad él era celoso en extremo; cualquier nimiedad, sin fundamento, veíala aumentada considerablemente. Vino al mundo Amelia, después Elena; los celos malditos seguían enroscados en su corazón. Pasó algún tiempo..., la eterna manía subsistía cada vez con más fuerza, a medida que transcurrían los años. Di a luz un niño... (Llora)

Pancho ¡Huy! ¡Un niño! ¡Qué cosa más tierna!

Enrique No llore usted, madre mía; se lo ruego.

Pilar Prosigo. Viniste al mundo tú, hijo mío, y entonces tu padre, dudando de la virtud de su esposa, me acusó colérico de una falta que no había cometido. Su obsesión llegó a tal extremo, que encontraba por todas partes seductores. Alguna vez temí que se hubiera vuelto loco.

Elena ¡Pobre mamá! Y nosotras sin saber esa tragedia silenciosa que ha torturado tu alma.

Amelia Sigue tu relato, mamá, nos interesa.

Pancho Siga amita, que es mucho bonita la historia.

Pilar Una noche—bien grabada está en mi memoria— al ir a la cunita donde reposaba el pequeño, vi con asombro aterrador que se hallaba vacía.

Pancho ¡Qué lástima! ¡Pobe niño!

Pilar Acudí a mi esposo enloquecida y le comuniqué lo que ocurría. No tengas cuidado

—me contestó fríamente—, el niño está en lugar seguro. Palidecí, di un grito y caí al suelo. Estuve enferma durante unos meses. Cuando estuve restablecida nos trasladamos aquí. Muchas veces pensé huir, escapar, volver a España y no descansar día y noche hasta dar con el paradero de aquel hijo mío, de aquel sér que había llevado en las entrañas y que tan injustamente se hallaba abandonado. Pero pensé en mis hijas, en vosotras. Vuestro padre, a causa de la tristeza que le había invadido, murió a los pocos años. Golpe que vino de nuevo a aumentar mis desdichas. El ingenio que adquirimos, era para estar dirigido por un hombre enérgico, activo, trabajador. Gracias a don Ramón, antiguo amigo nuestro, pude descansar de la carga abrumadora que cayó sobre mis hombros. Esta es la historia de tu madre, hijo mío; si crees que en algo soy culpable te pido que me perdones. (Intenta arrodillarse.)

Enrique (Abrazándola.) ¡Madre mía! Recibe toda mi veneración, pues la mereces. Tú no fuiste culpable, mi padre tampoco; fué el destino que quiso poner a prueba a una madre modelo de todas las virtudes y no consiguió nada con ello, pues ahora será mi cariño tanto más grande, cuanto más has estado privada de él.

Luis Enrique, mi alegría es inmensa. Ya no puedes quejarte, tienes madre como yo, como tú querías tenerla.

Enrique Y dos hermanas encantadoras. Estoy loco de contento. ¡Hermanitas! ¡Un abrazo!

Elena ¡Con mucho gusto! ¿Quién iba a pensarse que el héroe que salvó a su compañero de la muerte fuera mi hermano?

Amelia Estoy orgullosa de tener un hermano tan valiente.

Pancho ¡Eso! Y Pancho un amigo blanquito tan arrojado.

Pilar Marcha, Pancho, a tus quehaceres.

Pancho Hasta lueguito. (Aparte haciendo mutis.) Un hijo

sin madesita, una madesita sin hijo, un padre tonto... ¡Vaya liito!

Amelia Ahora que ya no hay por qué ocultarlo os voy a contar lo que me sucedió cuando llegó Enrique. A los pocos días de su permanencia en el ingenio, empecé a sentir hacia él una extraña simpatía, que adquirió bien pronto la calificación de cariño. Sin duda mi corazón me advertía: ¡Ahí está tu hermano! ¡Quiérele mucho, que está falto de cariño!

ESCENA VI

DICHOS y PANCHO.

Pancho (Llega fatigado.) ¡Ay!

Pilar ¿Otra vez aquí? ¿Qué pasa?

Pancho Neguito venir porque ahí fuera esperar soldados que se llevarán a bravos españoles. (Señalando a Luis y Enrique.)

Enrique ¿Que vienen por nosotros?

Pancho Sí, señó.

Enrique Diles que pasen aquí.

Pancho Ahorita mismo. (Vase.)

Elena ¿Qué será? ¿Volverás de nuevo a combatir?

Enrique No lo creo.

Pilar ¡Dios lo quiera! Haber tenido la dicha de encontrarte y perderte tan pronto sería muy triste.

Enrique No digas eso, madre mía; pues sólo pensar en nuestra separación me causa inmenso dolor.

Amelia Ya vienen.

Pilar Pasen ustedes.

ESCENA VII

DICHOS, SARGENTO y ocho SOLDADOS (señoras).

Sarg. ¡Buenas tardes! ¡Salud, muchachos!

Enrique, **Luis** } A la orden, mi sargento.

Música

Sarg. ¡Muchachos! Ha llegado
la hora del regreso.
España nos espera
cual madre cariñosa
que nos manda un beso.
La alegría del retorno
a los patrios lares,
produce en nuestro pecho
olvido de pesares.
Nos espera la novia
querida,
nos aguarda con galas
vestida,
tejiendo guirnaldas
de flores,
que ofrendan al mozo
de sus amores.

Coro Nos espera la novia, etc.

Sarg. ¡Soldados! Ha venido
la orden de partir,
pensemos en las almas
de aquellos valerosos
que vimos morir.
El regreso a la tierra
que nos vió nacer,
es bálsamo que cura
nuestro padecer.
Estoy viendo a mi madre
adorada,
que de gozo ríe
alborozada,
esperando abrazarme
amorosa,
y besarme con ansia
cariñosa.

Coro Estoy viendo a mi madre
etc., etc.

Sarg. ¡A embarcar!

Coro ¡A embarcar!

Todos Que la patria querida
aguarda ya,
ya.

Hablado

Luis No sabe la alegría que me causa la noticia, mi Sargento. Volver a nuestra patria donde nos esperan tantos seres queridos.

Sarg. Llevas razón. ¡Quién no se ha dejado allí algún amor!

Enrique ¿Y cuándo es la marcha?

Sarg. Mañana. No tenemos tiempo que perder. Prepararse, pues, a partir. ¿Supongo que participaréis de mi contento?

Luis Qué duda cabe.

Enrique Yo soy el que no participa de él.

Sarg. ¿Acaso, alguna señorita?...

Pilar No, señor. Ahora deja aquí toda su familia; su madre y sus hermanas.

Sarg. Le compadezco, amigo; pero no hay más remedio que obedecer.

Luis Tiene razón el Sargento, pero quizá la separación no será larga. Tal vez antes de lo que pienses estarás de nuevo con tu familia para no separarte jamás.

Sarg. Bueno, muchachos; ya lo sabéis; despedirse, y en seguida a incorporarse al regimiento; yo parto. ¡Señora! ¡Señoritas! ¡Que haya salud! (A ellos) ¡Hasta la vista, muchachos. (Vanse el Sargento y soldados.)

Luis ¡Hasta pronto, mi Sargento!

ESCENA VIII

DICHOS menos el SARGENTO y SOLDADOS

Pilar (Abrazando a Enrique.) ¡Hijo mío! Que no pueda tenerte nunca a mi lado.

Enrique Deje usted, madre mía; partiré ahora, pero volveré para no separarme más de ustedes y resarcirme del tiempo que he estado privado de su cariño.

Luis (Interviniendo.) Las despedidas cuanto más breves menos dolorosas.

Enrique Tienes razón; apresurémonos a partir.

Elena Hermano, ¿te acordarás de nosotras?

Enrique Sí, hermana, sí; desde este momento vuestras imágenes irán grabadas en mi corazón. ¡Madre! ¡Amelia! ¡Adiós! ¡Hasta la vuelta! ¡Adiós! (Sale corriendo, tras él van doña Pilar y Amelia.)

ESCENA IX

LUIS y ELENA

Luis (A Elena, dándole la mano.) ¡El me salvó la vida; yo velaré por él! ¡Adiós!

Elena Y yo le deseo sea muy feliz... yo... (El llanto que pugna salir de su garganta, le impide hablar.)

Luis ¡Gracias, señorita! ¡Adiós para siempre! (Al hacer mutis se le cae un paquetito.)

ESCENA X

ELENA

Elena ¡Para siempre! ¡Se fué! ¡Va en busca de la amada! ¡Dios mío, no volveré a verle más! (Llorando; ve el paquete caído en el suelo.) ¿Qué será ésto? (Lo desenvuelve.) ¡Oh! Un escapulario de la Virgen tinto en sangre. Es su sangre, la sangre generosa que vertió por la patria. ¡Qué primoroso bordado! Es de ella... de su Gloria; tal vez al marcharse le dijo abrazándose a su cuello: Toma este recuerdo mío, la Virgen velará por ti y por nuestros amores. Y la Virgen lo salvó. El manto que ostentaba era azul, ahora se volvió granate sangriento. ¡Virgen mía! Yo te bendigo por haberle salvado, como te bendecirá Gloria. Mi corazón queda destrozado, herido, maltrecho... (Se deja caer en el banco, sollozando.)

ESCENA XI

DICHA y LUIS

Luis (Entrando.) Perdón, señorita.

Elena (Levantándose rápida.) ¿Usted aquí otra vez?

Luis Volvía a... (Observando a Elena.) Pero, ¿llora usted, Elena? ¿Qué la sucede? ¿La apena sin duda la marcha de su hermano? No se aflija... Un rostro tan bello no debe empañarse nunca con la sombra de la tristeza.

Elena No siempre se puede estar alegre. (Luis mira por el suelo.) ¿Buscaba usted algo?

Luis Sí. he perdido un recuerdo que me dió mi novia al venir a la guerra.

Elena ¿Quizá un escapulario?

Luis Justo. ¿Lo ha encontrado usted?

Elena Sí Y lo había guardado aquí. (Señalando el pecho.)

Luis ¿Junto al corazón?

Elena ¡Junto al corazón! (Lo saca del seno.)

Luis (Comprendiendo la pasión que inspira.) ¡Oh, Elena! ¡Quizá la conocí demasiado tarde! Guárdelo de nuevo. Se lo doy. Al contemplarlo, piense que hubo un hombre, que de no amar a otra mujer, os hubiera amado con toda su alma. ¡Adiós, Elena, no llore! Acuérdese de la canción de su hermano. ¡Adiós!

ESCENA XII

ELENA

Elena ¿La canción de mi hermano? ¡Ah! ¡Sí!

(Recitado.) La vida te brinda,
placeres y amores,
que tienen espinas
y olorosas flores...

(Se oyen toques de cornetas que se aproximan.)

Música

(Recitado.) ¡Ya parten! ¡Adiós!
¡Pobre de mí! ¡Se va!
Se lleva el corazón

que tanto le amaba,
que con él soñó.
Se lleva mi dicha,
se lleva mi amor,
se lleva mi alma,
mi dulce ilusión.
(Recitado.) ¡Calla, corazón!
Muere viviendo,
muere sufriendo,
muere de dolor,
y que tu agonía,
lenta y amarga,
no la sepa yo.

(El sonido marcial de las cornetas se aleja.)

(Recitado.) ¡Adiós! ¡Luis! ¡Mi amor!
Con tu partida,
arrancas la flor
que con tu presencia
en mi alma creció.
¡Adiós!

(Con llanto en los ojos, oye por última vez el sonido de las cornetas lejanas.)

ESCENA FINAL

ELENA y PANCHO. Elena se deja caer en el banco. Sale Pancho y observa con pesadumbre el dolor de Elena.

Pancho ¡Huy! La amita llorando! Y yo tan contento que venía porque terminarse la guerrita. (Acercándose.) ¡Amita Elena! ¡No llore ahorita! Panchito no quererla ver triste.

Elena No puede ser, Pancho, no puede ser. Déjame que llore. ¡También el llanto es vida!

Pancho ¿Sí? ¡Pues a llorá Panchito! ¡Que no está bien que la amita llore y tú rías! ¡A llorá! ¡A llorá! (Queda llorando cómicamente. Los últimos rayos del sol nimban la figura ideal de Elena, prestándola como una aureola de mártir.)

FIN DE LA ZARZUELA

Obras de Francisco Lopera Hernández

Añoranzas, diálogo.

Cambio de sexo, entremés.

Amor encarcelado, comedia en un acto.

¡Manos arriba!, farsa cómica en un acto.

Heridas del corazón, zarzuela en un acto, música del maestro Santiago F. Centenera.

Estos son amores, comedia lírica en un acto, música del maestro Centenera.



Sucesor de R. Velasco.—Telef. 5-51 M.
Marqués de Santa Ana, 11 duplicado